

PUBLICACIONES Cinema

George ARLISS con
Lucie MANNHEIM

en



50
CENTIMOS

ORIENTE contra
OCCIDENTE

Oriente contra Occidente

BÁSADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

HERBERT MASON



SELECCIONES

BRITISH FILMS DISTRIBUTORS, S. E. L.

PRODUCCIÓN GAUMONT BRITISH PICTURES

Calle Aragón, 271

BARCELONA

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉPRETES:

GEORGE ARLISS

LUCIE MANNHEIM

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

ORIENTE contra OCCIDENTE

ARGUMENTO DE LA PELICULA

En los mares de Oriente, el Estado independiente de Rungay es una barrera entre las posesiones inglesas y cierta potencia oriental de primer orden.

El agua divide a los dos imperios por medio de un estrecho tan breve, que desde las selvas que bordean las costas de los dominios británicos puede distinguirse perfectamente el tráfico en las calles de la capital Rungayalesa.

Rungay es uno de esos Estados semi primitivos, reacios a la civilización occidental en cuanto representa maquinismo y nerviosidad, viviendo en la sana placidez de su espíritu y en la honda y milenaria incorruptibilidad de sus tradiciones.

Vemos por un momento el trajín de las calles de su capital, tránsito cansino, casi soñoliento como un cantar monorítmico, mejor que laboriosa brega para vivir.

Dejamos, sin embargo, a Rungay para pasar a Tunatra, al otro lado del estrecho, límite imperial de Inglaterra, y entrar en casa del embajador de este país.

En su despacho vemos, sentados, a tres hombres.

Son sir Henry Mallory, el embajador, tipo genuino del anglo sajón, gentleman irreprochable, hábil diplomático, de ademanes fríos y sobrio de expresión, hombre maduro, pero de buena presencia; mister Carter, agregado a la embajada, joven de unos veinticinco años, carácter celoso y violento, un poco dissoluto. En su rostro se adviñan las huellas del alcohol.

El tercero es el secretario del embajador, hombre de unos cuarenta años, que por jugar un papel secundario no nos interesa mayormente en esta historia.

—¿Quién nos ha convocado, sir Henry? — inquiere mister Carter.

—El señor gobernador — replica el embajador.

Y añade, después de una breve pausa, durante la cual ha llenado de licor un vaso, que le ofrece.

—Apresúrense a apurar sus bebidas, puesto que el señor gobernador va a llegar de un momento a otro y bien saben ustedes cuán enemigo es del alcohol.

—Demasiado. Y es curiosa su actitud, tan extrañamente coincidente con la del sultán de Rungay — añade Carter con cierta saña, al tiempo que apura con deleite su vaso. —Le tiene un odio irreconciliable al alcohol.

—El sultán es, simplemente, fiel a sus leyes — interviene sir Mallory — las cuales le prohíben a él y a sus súbditos ingerir bebidas tespírituosas.

—¡Es cierto que no le he visto probar nunca un solo licor! — comenta Carter con cierta ironía.

En este momento el gobernador aparece en el despacho.

Es hombre anciano, grave, inteligente. En suma, una vida en la que no pueden ya afincar más emociones que las concerniente a su responsabilidad militar en su alto puesto imperial.

—Les he reunido — empieza, después de tomar asiento con nerviosidad — para revelarles la importancia que tiene la visita que nos hará mañana el sultán de Rungay. No basta con hacerse la idea de que recibiremos la visita del jefe supremo de las tierras del otro lado del estrecho, es necesario entender que en ella se juega, en cierta manera, la suerte de Inglaterra en Oriente...

—Si el señor gobernador me permite — ruega mister Carter — le diré que entiendo exagerada esta apreciación.

—¡Hay motivos para creer que no! — replica el gobernador. —Vea!

Y, levantándose, muestra a Carter, a través de los anchos ventanales, un cañonero, que, inmóvil, recorta la plúmbea silueta de sus cañones en medio del mar, entre Tunatra y Rungay.

—¡El sultán sabe lo que se hace al retener ese barco de guerra junto a sus costas! — reanuda el gobernador.

—¡Sepan ustedes que pertenece a una gran potencia oriental que hay al otro lado de Rungay y que ha traído a un diplomático, cuya misión desconocemos!

El señor gobernador tiene que interrumpirse para atender a un nuevo personaje, que acaba de entrar en el despacho. Es el médico del sultán.

Caballero respetable, melena lisa peinada hacia atrás, y rostro adornado con barbilla. Es súbdito inglés, hombre inteligente, dotado de gran prudencia y discreción.

El gobernador le ha convocado para tratar de vencer su prudente mutismo y desentrenar algún secretillo del sultán.

—¡Siéntese, señor doctor! — le invita. —Usted nos dirá algo sobre la visita de ese diplomático oriental, huésped del sultán...

—Lo siento, señor gobernador. Mis intimidades con su alteza no pasan de las puramente médicas.

—Sí, ya sé... usted le cura... y... se marcha, sin que le interese nada más. Pero, me refiero yo a ¿qué le diré? A veces, durante una crisis, un enfermo tiene debilidades y ansias de confesión, y, en el caso de su alteza, éste pudiera haber explicado a usted las intenciones que ha traído ese enviado oriental.

—Nada de esto, señor gobernador. Sólo puedo decirle con certeza que el tal emisario se llama doctor Shagoo, y que visita al sultán todos los días.

—Ya es mucho, señor doctor! — agradece el gobernador. —¡Lo han oido ustedes! — añade, dirigiéndose a la reducida asamblea. —El doctor Shagoo, representante de una potencia oriental de primer orden, no muy amiga de Inglaterra, busca la amistad del sultán. ¡Imagínense lo que ocurriría si llegase a arrancar a éste un tratado por el que concediese a la referida potencia una base naval en Rungay!

—No creo que ocurriese nada de particular! — arguye Carter sin inmutarse. —Tengo la convicción de que con unos cuantos cañoneros ingleses Rungay caería en veinticuatro horas.

—Permitáme que no participe de su opinión — replica el gobernador. —Será mejor que no nos veamos obligados a hacer la prueba. Así que les ruego mucha cortesía y grandes atenciones a fin de captarnos la estima del sultán y neutralizar la simpatía que pueda haber sembrado en su ánimo el doctor Shagoo.

—Y no se olviden de que a esta actividad diplomática debe unirse la psicológica, con el consiguiente respeto a las tradiciones de Rungay — señala el embajador muy atinadamente. —Se sabe que se hace mucho contrabando de alcohol en las costas de Rungay. No cero que sea muy necesario explicar que es obra de blancos, y, más concreta-

mente, de súbditos ingleses. Hay que atajar eso, pues el sultán lo sabe tan bien como nosotros y es ello semillero de odios en su alma fiel a las leyes tradicionales de su pueblo.

—¡Todo eso es pura imaginación! — protesta Carter con sospechoso interés.

Ha llegado el momento de trasladarnos al otro lado del estrecho y de entrar en el sumtuoso palacio del sultán de Rungay.

Mientras los ingleses se reúnen para preparar su plan diplomático con respecto al sultán, éste no descuida el suyo.

Sentado en su alto sillón, contempla con calma reflexiva un plano que su viejo consejero de confianza acaba de someter a su examen.

—¡Los planes son maravillosos! — insinúa el prudente consejero.

—Sí, mucho. Ya ves, representan mi suprema ilusión, que es la de convertir Rungay en un verdadero jardín: canales de irrigación, vías de comunicación, edificios públicos... pero...

—¿Falta dinero, señor? — le interrumpe el consejero.

—Exacto; somos muy pobres. ¿Cuánto necesitamos para llevar a cabo este proyecto?

—Un millón de libras, señor.

—¡Un millón de libras! — musita reflexivamente el sultán, al tiempo que dibuja una sonrisita iluminada de pensamiento audaz. —Bien. No es tan remota la posibilidad de obtenerlas.

—¿Lo creéis, señor?

—Sí. No ignoras que lo mismo sir Harry Mallory, el embajador de Inglaterra, que el doctor Shagoo buscan mis favores.

—Lo sé, señor.

—Pues, veré de hacerles confluir a mis propósitos. Es todo un plan. ¡Tú verás!

Y el sultán se levanta con calma, reproduciendo su sonrisa enigmática, impenetrable lucecita de su alma escalofriante de oriental.

Podemos contemplarle bien.

Es un hombre anciano, pero todavía fuerte y relativamente ágil. Viste las sedas de Oriente y se toca con un rico turbante cuajado de joyas. Ojos centelleantes, rostro escuálido y broncineo, de pómulos ligeramente salientes, en

el que se concentra toda la sagacidad y el hondo misterio del alma oriental. Voluntad tenaz, inteligencia esclarecida, cuando se le contempla en medio de la vida produce la sensación de un cascarón endebil, que en un mar de tempestad, en el que se ha lanzado por pura e impávida voluntad de gozar, se mofa de la impotencia de las olas que con brío para tragarse cien fragatas no logran imprimirlle más que un vaién encantador.

Habil, ladino y escurrídizo como una culebra para cualquier mano que se proponga aprisionarle, es un hombre de elevada moral y acendrado amor a su pueblo.

Tiene una sonrisa, esa que ya hemos tenido la oportunidad de ver, que unida a la calma impenetrable de su psicología oriental, produce escalofríos.

No bien la ha apagado cuando entra en la lujosa estancia un servidor, anunciando:

—¡El doctor Shagoo!

—¡Que pase! — autoriza el sultán, al tiempo que desvía sus almendrados ojillos ladinos hacia su consejero y le hace signo discreto de que le deje solo.

Luego se sienta en su sillón.

El señor Shagoo aparece en la estancia.

Es este un hombrecillo diminuto de pura raza oriental. Viste los atavíos de diplomático. Frente despejada, impenetrabilidad y recelo.

Es todavía joven y con toda su sagacidad temible, al sentarse frente a su alteza se diría el ratoncillo de la fábula tratando de llevar a cabo la arriesgada empresa de colgar el cascabel al gato.

—¿Todavía estáis aquí? ¡Os creía ya en viaje de vuelta a vuestro país, mi querido doctor Shagoo! — exclama el sultán con irónica ficción de sorprendido.

—No puedo marcharme todavía, señor.

—¿Pues? No os falta nada de cuanto necesitáis para el viaje: combustible para el crucero, comestibles para la tripulación...

—No se trata de eso, alteza. Vos lo sabéis bien. Y estoy aquí para recabar por última vez vuestra definitiva contestación a las proposiciones de mi Gobierno.

—¿Y son?

—Recordaréis que se trata de que os dignéis firmar un tratado mediante el cual mi Gobierno os garantizaría la protección en el caso de que algún día fuéseis agredido por una potencia fuerte de occidente.

—Os agradezco el interés, doctor Shagoo... y... en pago, ¿qué exige vuestro atento Gobierno? ¿Que os dé mi puerto para acechar a Inglaterra, vuestra temida enemiga?

—Naturalmente que esas protecciones aparejan, generalmente, la recíproca de algún compromiso de esta clase, señor...

—Lo suponía. El asunto es delicado.

—Si, lo es... y lo es porque Inglaterra acaricia el propósito de extender sus dominios y anexionarse Rungay, vuestro país. Vos, como mi país, debéis preveniros contra un posible insulto inglés.

—Doctor Shagoo — replica el sultán, removiéndose frívolamente en su asiento e iluminando su sonrisita sagaz.

—Esta posibilidad que me apuntáis es muy remota. Con mi mayor placer os anuncio que mañana sir Henry Mallory, el embajador de Inglaterra, da una fiesta en mi honor.

Y esto diciendo, se levanta pausadamente, observando de soslayo con contenido regocijo como el doctor Shagoo, que le imita cortésmente, hace crujir sus quijadas amarillas en una rabiosa y despechada contracción, mientras le pregunta, lúgubre:

—¿Vuestra decisión, señor?

El sultán ha llegado calmamente junto a los anchos ventanales y contesta, señalando al exterior, como si no hubiera oido lo que el doctor le dice:

—¡Qué bellas son las mariposas volando en el cielo azul!

—¡Señor! — replica el doctor Shagoo con angustia. —En mi país el que fracasa tiene que hacer el viaje de la muerte.

—¡Que lo tengáis feliz, pues! — le desea el sultán, sin inmutarse, al tiempo que desaparece por el corredor.

Y apenas llega a la habitación contigua, musita al oído de su consejero:

—Volverá y nos traerá el millón!

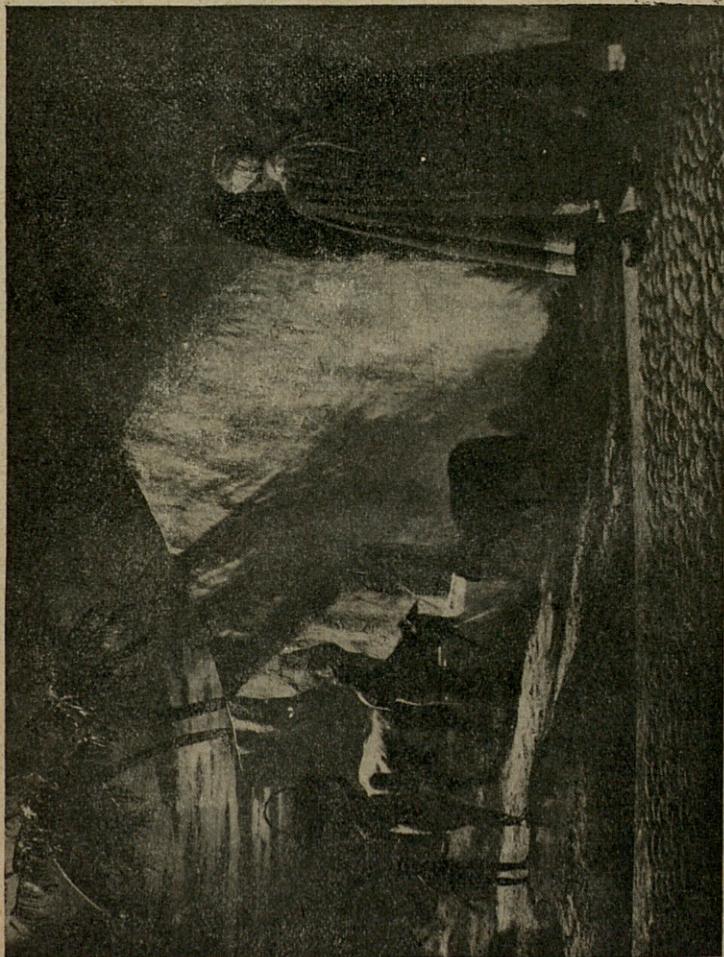
* * *

Al anochecer del día siguiente vemos a sir Henry y a su esposa preparándose para la recepción en honor del sultán.

Se juegan vitales intereses del imperio y, como es corriente en tales casos, el elemento femenino no puede faltar para dar, además de la nota galante y deslumbradora



Los invitados van llegando a la recepción del Sultán.



A la luz de la luna aparecen los guardias y...

en el fondo gris del cielo político, el brillo necesario al lucero de la intriga y la pasión.

—¡Es muy aburrido ese sultán! — se lamenta la señora de Mallory. —¡No bebe, no fuma, no habla...!

—Esas gentes no beben ni beberán nunca. Las leyes se lo prohíben — justifica el embajador calzándose sus botas.

—No serán tan rigurosos para el príncipe Nezim, el hijo del sultán. Creo que asistirá a la recepción. Será interesante conocer a ese muchacho, medio indio, medio europeo. Dicen que estudió en Oxford y que es entusiasta partidario de la civilización occidental.

Del domicilio del embajador pasemos al del disoluto misterioso Carter, el agregado.

Hay también en él tráfico de vestidos, y apenas entramos en la habitación íntima del matrimonio, vemos a una mujer acicalándose, cara al tocador. Es Margarita, la esposa de Carter.

Se prepara para asistir a la recepción.

Es una bella mujercita, fiel a su marido y hondamente sentimental, que espera, inútilmente, de Carter las ternuras que la harían feliz.

A los pocos instantes de habernos situado en nuestro observatorio de la cámara, entra en ella Carter.

Lleva un vaso en la diestra lleno del eterno whisky que le altera el humor y le exacerba sus celos terribles.

—¡Pareces muy absorbida en tus maquillajes! — ruge sordamente. —Tienes mucho interés en presentarte hermosa hoy... ¡Ah, si volviesen los tiempos pasados!

—¡No seas cruel, Carter! ¡Llevamos tres años de casados y ya estás cansado de mí? — inquierte Margarita, con dolorido acento.

—¿Por qué ocultarlo?

—Si tuvieses cuando menos la discreción de disimular tu cansancio, me evitarías un dolor que hace jirones mi alma.

—En ciertas circunstancias es mejor hablar claro. ¿Por qué disimular? — replica Carter.

Y añade, roido por los celos.

—¡Veo que te has puesto tu mejor vestido para conquistarme!

—Carter, ¿qué quieres decir?

—¡Y pretendes escondérteme! ¡Sabes que el príncipe Nezim asistirá a la recepción! ¡Tus amores con él resucitan!

—¡Calla! ¡En Oxford no tuve con él más que simple amistad! — protesta, segura de sí misma, Margarita.

Y no pudiendo resistir el insulto que para ella representan las dudas de su marido, rompe a llorar amargamente.

Bruscamente se levanta y aureolada por la luz de la pureza estoica, murmura, al tiempo que hace acción de retirarse a su dormitorio:

—¡No heriré tu orgullo!

—¿Adónde vas?

—A mi habitación. No asistiré a la recepción.

—¡Idiota! — ruge Carter, sacudiéndola brutalmente. — ¡Irás, no me eches a perder la carrera! ¡Vístete ya... pero, sabe que si os veo juntos...!

Se acerca la hora en que el sultán ha de llegar y el gobernador, vestido de gran gala, se persona en el puerto para inspeccionar la parada que ha de rendirle honores. A pocos pasos se ve la banda militar.

—¿Han aprendido bien el himno nacional de Rungay? — pregunta al comandante de la fuerza.

—Lo tocan casi maravillosamente, señor gobernador!

—Sobre todo no se olviden ustedes de hacer la salva de los veinte cañonazos en cuanto el galeón que transporta al sultán entre en aguas jurisdiccionales. Es un hombre muy susceptible.

Pasemos al otro lado del estrecho.

El sultán sale de palacio, ricamente ataviado. Conforme al ritual, le precede un bufón, que abre el paso, ejecutando danzas grotescas. Detrás del sultán, que es llevado en rica silla de manos, sigue una cohorte de servidores de honor.

Momentos después nuestro soberano está sentado en la lujosa galera y navega rumbo a Tunatra.

Le acompaña Nezim, su hijo, joven de veintidós años, alto, tipo indiano perfecto: ojos negros profundos, tez aceitunada y hermosas facciones varoniles.

Se toca con rico turbante y viste las sedas de Oriente.

—Es el embajador quien te ha invitado, padre?

—Sí. Quiere hablarme.

—Asuntos de su Estado?

—Seguramente, hijo; de su Estado... y del mío también — añade el sultán, mirando a su hijo con inteligente insinuación, que Nezim lee sin equivocarse.

Falta poco para llegar a la costa de Tunatra y de pronto el sultán exclama:

—¡No oigo la salva que se me debe! ¡Alto la galera! Por sus ojillos sesgados pasa una sobra de dignidad humillada.

Los cañonazos suenan.

—¡Ah! ¡Adelante! — ordena el sultán, respirando con orgullo satisfecho. — Henry es un buen diplomático!

Mientras tanto vemos al doctor Shagoo atisbando nerviosamente la galera con los prismáticos, desde su cañonero.

Su secretario trata de calmarle.

—Creéis que hay la posibilidad de que concierte una alianza con Inglaterra?

—Lo creo todo. Oíd los cañonazos; esos malditos ingleses halagan su vanidad y su alteza es muy susceptible a ella!

—Pero no le hallarán desprevenido. ¡Buen zorro es el sultán!

Volvamos al lado de su alteza.

A su llegada a Tunatra se le tributa un recibimiento apoteósico, y, rodeado de grandes atenciones, es conducido a la mansión del embajador.

—En nombre mi Gobierno tengo el honor de daros la bienvenida! — saluda sir Mallory.

La señora del embajador saluda al sultán, al que ofrece una silla de honor entre ella y su esposo.

El príncipe Nezim, inmóvil y silencioso como una esfinge, permanece detrás de su padre.

A los pocos momentos de conversación se abre la puerta, apareciendo Mr. Carter y Margarita. Su disputa les ha retrasado y llegan apresurados.

Margarita está elegantísima y toma asiento, con su marido, en un ángulo discreto del salón.

El príncipe Nezim, que pasea con curiosidad su mirada profunda por la sala, exhala una exclamación de alegría.

—Oh, Robert! ¡Padre! ¿me permites un momento? ¡Aquel joven es condiscípulo mío de la Universidad de Oxford! ¡Deja que vaya a saludarle!

—Cumple tus deberes de amistad, Nezim!

El príncipe indio corre bulliciosamente al encuentro de un joven que viste uniforme militar y apura un vaso de licor, recostado en el mostrador del bar.

Es el hijo del gobernador.

—Robert, amigo mío!

—Nezim! ¿Tú? ¡Qué alegría! ¿Qué es de tu vida?

Los dos jóveens se enfrascan en un animado diálogo, por el que descuellan todos sus recuerdos de estudiantes.

—¡Toma, Nezim, bebe algo a espaldas de tu padre! ¡Revive los tiempos de Oxford! — le brinda Robert.

El príncipe indio toma, sonriente, el vaso. Mas, al levantarla para apurar su contenido, sus ojos se clavan esta vez en Margarita, que permanece al lado de su esposo.

—¡Margarita! — exclama. —¡Si, es ella, no es un sueño...! Permiteme un instante, Robert... ¿Es posible?

En este momento la señora de Mallory, cansada de la protocolaria conversación del sultán, improvisa un pretexto cualquiera para abandonar el sillón que ocupa a su lado y con un suspiro de profundo alivio va al encuentro de los señores de Carter.

—¡Dios mío; les alabo el gusto! — exclama. —¡Es preferible correr el ridículo de llegar tarde que el peligro de morirse asfixiada oyendo a ese reyezuelo!

El salón acaba de llenarse con los acordes de un airoso bailable.

—¡Señor Carter! — prosigue la señora de Mallory, al tiempo que se le cuelga del brazo. —Bailemos; ¡por favor, libréme de ese sultán!

Y sin esperar su anuencia, con ese delicioso tono imperial que emplean las damas cuando han adquirido jerarquía, le obliga irremisiblemente a bailar.

Carter tiembla de coraje y celos.

Acaba de ver al príncipe clavar sus ojos penetrantes y ardorosos en su esposa y dirigirse hacia ella.

Por el contrario, la coincidencia es estupenda para Nezim ya que llega al lado de Margarita en el momento en que Carter ha de dejarla para irse con la señora de Mallory.

—¡Margarita!

—¡Oh, Nezim!

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¡Oriente me ha atraído siempre!

—¡Cuánto te he recordado! ¡Bailamos, Margarita?

—¡No, Nezim... estoy casada!

—¡Casada? ¡Y qué? No creo que tu esposo pueda oponerse! — arguye el príncipe, acostumbrado a sus leyes poligámicas.

Margarita, voluble en estas circunstancias de dulce recuerdo de tiempos inolvidables, no cuenta con la celosa y temible irascibilidad de su esposo, y se abandona en brazos del indio.

Carter, bailando con la señora de Mallory, no pierde detalle de cuanto viene ocurriendo entre Nezim y su esposa, y al verles bailar con la cabeza muy juntas y absorbidos en un diálogo que adivina pasional, deja plantada a su madura y recreada pareja, loco de celos.

Margarita y el príncipe se mecen en los brazos del asado.

—¿Te acuerdas de nuestro último baile, Margarita?

—Ya no es tiempo de hablar de esto. Soy una esposa que se debe a su marido.

—¿Ni un recuerdo has tenido para mí?

—Muchos, Nezim. Si te dijera que mi ilusión suprema ha sido la de venir a Oriente por el recuerdo de tus ojos...

—Y para esto te has casado?

Carter se dirige hacia ellos. No ha podido llegar aún, cuando el bailable termina.

Nezim aplaude a los músicos, mas al hacerlo engarza involuntariamente con un broche de su ancha manga el collar de Margarita, rompiéndoselo.

Las perlas se han esparcido por el suelo y el príncipe se agacha para recogerlas.

—¡Oh, Margarita, cuanto lo siento!

—No te preocupes. ¡Son falsas, Nezim!

Cuando Nezim se incorpora se encuentra con la mirada furiosa de Carter.

—El príncipe Nezim — presenta Margarita, nerviosa.

—Mi marido...

Nezim ofrece su mano.

—Luego te espero! — dice, despectivo Carter, rechazando las fórmulas de cortesía elementales debidas al príncipe y dirigiéndose a su esposa.

Mientras tanto, Mallory, el embajador, no desaprovecha la ocasión diplomática y propone al sultán.

—Si su alteza quiere pasar a mi despacho podremos hablar mejor.

—Con mucho gusto.

Sir Mallory cierra cuidadosamente la puerta.

—Mi Gobierno — empieza, habló — hace tiempo que viene preocupándose de la suerte de Rungay, vuestro país, y al efecto me ha encargado que sometiese a vuestra consideración un tratado de protección a Rungay contra toda agresión de las grandes potencias orientales.

—Agradezco la fineza a vuestro gobierno — replica, di-

bujando su astuta sonrisita, el sultán. —Pero, no sé qué pensaría sobre esto el doctor Shagoo.

—No creo que lleguéis a tomaros algún interés por la presencia de ese hombre en vuestro país — contesta Mallory, inquieto.

—¡Quién sabe! El doctor Shagoo es representante de una gran potencia naval...

—Lo que Inglaterra os propone — insiste sir Henry, desviándose — es una conveniencia digna de la más grave reflexión. El doctor Shagoo busca, indudablemente, inmiscuirse en alguna tortuosa artimaña belicosa, y no debéis olvidar que Rungay neutral es un resguardo entre Oriente y Occidente.

—Cuando se alude a la neutralidad de una nación — replica el sultán con sorna — suele esta nación convertirse en un campo de batalla.

Mientras expresa este agudo pensamiento, el viejo zorro de Rungay pasea su vista por el pliego en que aparecen los puntos del tratado que Mallory le ha dado a leer.

Con plácido ademán se lo devuelve sin firmar.

—¿Qué contestáis, señor?

Su alteza se levanta y señalando hacia el exterior, recita su estribillo.

—¡Qué bellas son las mariposas volando en el cielo azul!

Y deja al hábil diplomático de su Majestad en la más abrumadora confusión.

A su vez, el príncipe y Margarita han buscado la complicidad de la noche y las florescencias del oloroso jardín para enfascarse en un diálogo peligroso.

El recuerdo de madrigales pasados ha enternecido al príncipe, que se ha puesto arrolladoramente pasional.

—Nos volveremos a ver, ¿verdad, Margarita?

—No, Nezim — niega la joven, recatada y digna. —No puedo; recuerda que tengo marido.

El hijo del gobernador les interrumpe.

—Nezim, tu padre va a partir. Te espera.

Apenas ha desaparecido con fina discreción, el príncipe insiste por última vez, vehemente:

—¡Dí que podré verte, Margarita!

—Será difícil, Nezim!

—No, Margarita. ¿Cuándo te veré?

—¡Nunca, Nezim!

—¡No puede ser... no será...! ¡Adiós, hasta pronto, Margarita!

A poco le vemos abandonar la residencia del embajador al lado de su padre.

El cielo se ilumina con una cascada de fuegos artificiales en honor del sultán.

Este se detiene un instante y murmura, filosóficamente:

—Si toda la pólvora se gastase en fuegos artificiales, el mundo marcharía mejor.

Cuando está sentado en la silla de manos se dirige por última vez a sir Mallory y con hondo interés maravillosamente disfrazado de indiferencia, le dice:

—Dentro de pocos días os espero en palacio para mostráros mis colecciones de cuadros.

—Iré, alteza — asegura el embajador, esperanzado.

Al volver a su despacho, sir Mallory recibe la visita del médico del sultán, que viene a interesarse por el resultado de la entrevista.

—Parecía estar de buen humor — dice. —Ha logrado usted algún resultado positivo?

—¡Bah, nada! — replica el embajador, de mal talante.

—Ese hombre es una roca pesada y lenta. ¡Nada, en fin!

—Sin embargo — observa con fina agudeza el doctor.

—No descuide el asunto y persista en horadar esa roca pesada y lenta, pues hoy dos seres se han enamorado y un amor puede perder un imperio.

—Se refiere usted al príncipe Nezim y a Margarita?

—Naturalmente!

—No tiene importancia; es la esposa de Carter, un simple funcionario.

—Me permito insistir, señor embajador, que no sería la primera vez que un amor perdiese un gran imperio. ¡Viva usted prevenido!

* * *

El príncipe Nezim, nostálgico de amor y privado de la necesaria independencia para trasladarse a Tunatra a ver a Margarita, protesta en alta voz de las costumbres de su país.

Como el sultán sale a tal tiempo de sus habitaciones, oye sus nerviosas invectivas.

—Cálmate, Nezim. ¿Qué tienes que achacar a nuestro pueblo?

—¡Uno se asfixia aquí, padre! ¡Todo es primitivo, lento!

—¿Tendré que arrepentirme de haberte hecho educar en Inglaterra?

—No lo creo. Convéncete de que somos gente rezagada, poco liberal. El otro día he tenido la esperanza de que ibas a cambiar el pensamiento estableciendo estrechas relaciones con el embajador de Inglaterra, pero... todo ha sido una fugaz ilusión.

—Y añado yo, Nezim que no soy yo quien busca esas relaciones sino él, ofreciéndome protección... aunque en rigor lo que pretende es la mía.

—¿Tu protección?

—Sí, y pienso fijarle un precio.

—¿No te parece ridículo tener que hablarle a una potencia tan seria como Inglaterra en tonos de tan miserable caridad? ¡Compara nuestros medios con los de cualquier nación occidental! ¡No hay civilización comparable a ella!

—Hijo mío — exclama el sultán, irguiéndose con orgullo y señalando las umbrías selvas de Rungay que se extienden a lo lejos, ubérrimas de frutos espontáneos. —¡No sabes nada de tu país! ¿Cambiarías eso? Ven.

Y baja a la calle con Nezim.

Las gentes, sencillas, sentadas al pie de sus casas, trabajan plácidamente cantando sus monorítmicas tonadas caninas.

—Ve, no hay máquinas, pero saben trabajar con las manos! — compara satisfecho el sultán.

De pronto suenan gritos horripilantes de mujer, provenientes, al parecer, de la selva.

Una preciosa muchacha indígena huye, horrorizada, de un indio que la persigue tambaleándose en completo estado de embraguez.

La muchacha se echa a los pies del sultán, clamando:

—Señor, señor!

—¡No temas, hija, yo te protegeré! — le asegura su alteza, al tiempo que ordena detener al hombre que la persigue.

—Señor! — exclama la joven, jadeante y temblando de horror. —¡Están locos de alcohol!

El sultán se vuelve hacia su hijo.

—¿Quién proporciona el alcohol a mis súbditos? ¡Di! — Y de esa gente quieras que yo sea amigo?

Trasladémonos a Tunatra, y penetremos en el domicilio del matrimonio Carter.

Este acaba de llegar borracho, encontrando a Margarita pensativa, reclinada en el tocador.

—¿En qué piensas, en las cosas amorosas que te han dicho ayer? — pregunta, celoso y cruel.

—¡No me tortures, Carter! ¡Te portaste muy mal!

—¿Esperabas que me convirtiese en lacayo de tu ex novio?

—¡Calla! ¡Si me hubiese mostrado fría me lo habrías reprochado diciéndome que te arruinaba la carrera!

—¡Es inútil que pretendas justificar la dulzura de tus miradas y la entrevista en el jardín! ¡Cuando se labra la carrera del marido se hace muy distintamente!

—¡Eres cruel!

—¡Ah, pero sabré hacer justicia! — ruge Carter, sancando la pistola de un armario y dejándola encima de la mesa.

—¡Carter! — se yergue Margarita, digna — ¡Me tratas como a una esclava vil! ¡No quiero vivir más así! ¡Esto ha terminado!

—¿Qué quieres decir? — inquiere Carter, cogiendo a su esposa brutalmente por un brazo.

—Déjame; yo ya no soy tu mujer. No habrá escándalo, continuaremos viviendo en común, pero separados por una barrera espiritual.

—¿Pretendes tener expedito el camino para tus entrevistas con el príncipe? ¡Estás enamorada de él? ¡Eso no será, porque ahora mismo voy a decirle al centinela que no admira a tu amigo!

Ante este insulto, Margarita, ciega de ira, pega un fuerte bofetón a Carter.

—¡Maldita! — grita el borracho, exasperado, al tiempo que coge un látigo con ánimo de maltratar a su mujer.

—¡Te mataré por esto!

Pero Margarita, rápida, se apodera del revólver, que está todavía encima de la mesa y encañonea con él a su marido. —¡Quietó, o te mato, Carter!

Y sin dejar de apuntarle con el arma entra en su habitación, pasando el pestillo por dentro.

Después de breve meditación, Margarita decide abandonar a su marido, pues prevé que la convivencia con él se convertiría en adelante en un rosario de dolor. Y acto seguido prepara sus maletas.

En efecto, à la luz de la luna aparecen los guardias del sultán.

Por un momento nos trasladamos al palacio y oímos a su alteza preguntar al anciano consejero.

—¿Está bien guardado el río?

—Sí, señor. Vuestras órdenes se cumplen y he puesto allá buena y nutrita guardia.

—¡Sed rigurosos! ¡No consentiré que haya borrachos en mi país!

Volvamos al lado de Nezim y Margarita.

El príncipe dice a la joven:

—Es la guardia de mi padre, que vigila que no se haga contrabando de alcohol. Sigueme: embarquémonos en esta lancha. Nos situaremos en medio del río, bajo la sombra de los sicomoros, y allí nadie nos descubrirá.

La pareja salta a una paqueta canoa y momentos después, Nezim, olvidado de los guardias, fija nuevamente su mirada enamorada en Margarita, insistiendo:

—No titubees. Júrote que mi amor no es cosa baladí. iremos a Europa y nos casaremos. ¡Tengo medios de vivir allá con la fastuosidad de mi rango y de poderte ofrecer el trono que merece tu belleza y mi adoración!

Nezim ha de interrumpirse ante la llegada de una gasolinera atiborrada de carga, que tripulan cinco hombres.

Con la consiguiente zozobra los dos jóvenes ven la embarcación pararse en la orilla próxima a ellos.

Casi simultáneamente, protegiéndose en la densa sombra que los altos árboles proyectan sobre las aguas, llega una canoa tripulada por los guardias del sultán, quienes sin mediar palabra disparan sus armas sobre los hombres de la gasolinera.

Se ven algunas sombras caer al río y después de breve lucha, en la orilla, bajo un rayo de luna, aparece un hombre europeo forcejeando inútilmente para desasirse de los guardias indígenas que le sujetan.

La escena se produce tan cercana a Nezim y Margarita, que ésta, distinguiendo perfectamente las facciones del prisionero, exclama estupefacta: —Oh, es mi marido!

—¡Sí, evidentemente, es Carter! —murmura, asombrado, Nezim.

—¡Carter contrabandista! ¿Qué le hará tu padre, Nezim? ¡Ayúdale! —suplica Margarita, sintiendo renacer en su pecho el hondo amor que nunca ha negado a su marido.

—¡Vamos! ¡Veré de ayudarle!

Cuando más atareada se encuentra en esta operación suenan unos golpecitos discretos en los cristales de la ventana que comunica con el jardín.

Margarita abre, encontrándose ante un indio gigante, quien le entrega una carta acompañada de un pequeño envoltorio.

—De parte del príncipe Nezim. Margarita lee:

«Margarita: Considero un deber elemental de caballero restituir a tu terso cuello el collar de perlas que tuve la torpeza de arrancarte inopinadamente la pasada noche. No puedo vivir sin tí, y te espero esta noche en Rungay, junto al río.—Nezim.»

Margarita desenrolla el envoltorio, encontrándose con un precioso collar de perlas.

Apenas anochecido, Margarita acude a la cita.

El príncipe la espera hace largo rato.

—¡Margarita! —exclama, vehemente. —¡Cref que no vendrías!

—¡No debí hacerlo...!

—¿Por qué...? Estás temblando. ¿Qué te pasa, Margarita?

—¡Oh, Nezim, soy muy desgraciada!

La pareja se sienta.

—¡Expícate! —ruega el príncipe, mirándola amorosamente.

—Mi marido está loco de celos! Hemos tenido una violentísima disputa, después de la cual ya no es posible que yo siga viviendo con él.

—¡No importa, Margarita! ¡Te amo; divorciate y nos casaremos!

—¡No, Nezim, te mataría... no...! ¡Debo irme, no me verás más! ¡Toma las perlas!

—¡Margarita! —exclama el príncipe, apasionado. —¿Por qué rechazas mis sentimientos? ¡He pensado con seriedad y calma en ellos y estoy seguro de que te amo!

Nezim ha enlazado el talle de la joven.

Esta trata de deshacerse de los arditentes brazos que la atraen, mas la fuerza del recuerdo de un pasado romántico en Oxford le impide emplear toda la fuerza de su virtud para evitar el contacto, y el indio puede poner un fuerte beso en sus labios rosados.

Ha de interrumpir, no obstante, esta profanación al sonar de pasos cautios en la selva.

—¡Parece que llega alguien! —musita Margarita, asustada.

—Sí... ven!

Apenas han desembarcado se les acerca un guardia provisto de una linterna, quien, al acercarla al rostro del príncipe y reconocerle, le informa:

—Señor, hemos prendido a un inglés.

Cuando Nezim y Margarita llegan al palacio, ya Carter está declarando ante el sultán.

Los dos jóvenes se sitúan prudentemente en un ángulo. Carter, con la conciencia y el orgullo de saberse súbdito de un imperio poderoso, habla a su alteza desde un plano de ilimitada soberbia.

—¡Soy súbdito inglés y no tenéis ningún derecho sobre mi persona!

—Me guardaría de usar de él si para hacerlo hubiese tenido queiros a buscar a la costa de Tunatra, sin embargo, ahora...

Esto diciendo hace un signo a los guardias que le rodean y estos se encuadran a su lado.

—¿Vais a encarcelarme? ¡Este es un atrevimiento que os puede costar caro! —replica Carter, exasperado. ¿Qué pretendéis hacer conmigo?

—El tiempo lo dirá —murmura el sultán, iluminando su sonrisa y dando a su voz una inflexión misteriosa. —Pero, no temáis por la vida; tengo otros planes para el porvenir.

Cuando, conducido por los guardias, Carter pasa por el lado de Nezim y Margarita, dice a ésta, despectivo:

—¡Muchas gracias!

Margarita siente que en el meollo de su corazón se desgarra algo muy amado cuya existencia casi ignoraba, y presa de brusca desesperación, exclama, dirigiéndose al príncipe:

—Nezim, di, ¿qué le harán a mi marido?

—Sosíégate, Margarita. Voy a hacer algo por él. Espérame aquí.

Mas, cuando el príncipe vuelve la espalda ha de detenerse al ver llegar un piquete de alabarderos indígenas, vestidos extravagantemente y armados de largas lanzas, cuyo Jefe dice:

—De orden de su alteza, la mujer blanca queda arrestada en palacio.

Imposible describir el estupor del príncipe y el azoramiento de la joven.

—Ve, Margarita —le persuade Nezim. —No temas. Voy a hablar con mi padre.

Mientras los alabarderos se llevan a Margarita, el príncipe entra en el despacho del sultán, al que encuentra inclinado sobre su mesa de trabajo.

—¿Por qué has arrestado a Margarita? —inquiere en tono de reproche.

—Hijo mío, frena tus impulsos y hablamos con serenidad y reflexión —inicia el anciano zorro, imperturbable. —No te parece una extraña coincidencia esa de que ella estuviese en el río cerca de la gasolinera?

—¡No, padre, tus sospechas son absurdas! ¡Ella no estaba allí por... Vaya, tú la amas ¿verdad?

Y al decir esto el sultán dirige una mirada que es toda una revelación de los diabólicos proyectos que bullen en su cabeza y que tienen por objeto la consecución del dinero que necesita.

—¡Sí, la amo!

—Sin embargo, no ignoras que esa mujer es casada... ¡Ah, sospecho que te gustaría que ahorcase a Carter para saberla libre...!

Los ojos de Nezim brillan intensamente: ¡Sí, sí, le gustaría ver a Carter colgando de la soga! Esto representaría la libertad de Margarita y la seguridad de poder casarse con ella.

No contesta, pero su padre tiene el talento suficiente para interpretar fielmente el estado de alma que revela aquella mirada.

—Pues bien, hijo, ten calma —le augura. —Y sabe que por algo he arrestado a Margarita.

Así con esta velada promesa cierra la boca de Nezim, librándose de tener que sostener con él un altercado modesto e inoportuno. Acto seguido se dirige a la lujosa cámara en que ha ordenado encerrar a Margarita.

—Su esposo está en libertad —miente el anciano, desarrollando su plan.

—¡Gracias, señor! —agradece la joven con una alegría que no escapa a la sagacidad del sultán.

—Parece que esto le produce mucho contento —replica el anciano, con sus ojillos escrutadores clavados en Margarita.

—Naturalmente; es mi marido.

—Ya. Sólo he querido asustar al señor Carter, para acabar con sus manías del contrabando.

—Gracias de nuevo, alteza.

—Y a propósito: creo que mi hijo pretende casarse con usted.

—Así es.

—¿Le quiere usted?

—Sí, alteza

—Me creo en el deber de prevenirle que Nezim no es europeo y respecto a las costumbres matrimoniales, puede proporcionarle a usted alguna sorpresa.

—No sé cuál.

—La de que, además de casarse con usted, lo hará con otra.

—¿Con otra? — inquiere, estupefacta, Margarita.

—Eso es. Nuestra ley lo permite.

—¡Oh, no, no lo creo; Nezim no hará eso! ¡El sólo me ama a mí! ¡Usted trata de intimidarme, porque nuestra unión no es de su agrado! — protesta Margarita en tono de reproche. —Pero no lo logrará!

—Piense usted con serenidad sobre su situación.

—Es muy prematuro hablar de matrimonio. Todavía tengo marido.

—Muy pronto estará usted libre — replica el sultán.

—Carter será ahorcado!

—¡Oh, no, no! — clama Margarita, desesperada.

—¡No está libre como dije, sino en mis ergástulas de palacio! — declara finalmente el sultán, fingiendo exasperarse.

Y abandona la cámara, dejando a Margarita en un llanto desgarrador.

Apenas el anciano ha cerrado la puerta tras sí se halla ante su hijo que se disponía a entrar en el aposento de Margarita.

—¿Dónde vas? — le pregunta el sultán.

—Quiero hablar a Margarita!

—No la verás.

—La veré, padre! — afirma enérgicamente, Nezim.

El sultán hace un signo a los guerreros de la guardia y estos rodean al príncipe.

—Encerradle! — manda el anciano.

—¿Me arrestas?

—No hay más remedio.

—¿Me tratas como a un vil vasallo?

—Tú me obligas a ello! Sé prudente y límitate a obedecer a tu padre.

Momentos después el gallardo mozo es encerrado en una

lujosa estancia, bajo la vigilancia de un sujeto llamado Abdul, hombre poco escrupuloso y de ilimitadas ambiciones. Nezim tiene en su departamento de arrestado una bella muchacha tocadora de laúd, que trata de distraerle con agradables canciones, pero en el rostro del enamorado príncipe persiste la tristeza del ausente amor.

* * *

El secretario del doctor Shagoo, hábil espía, ha descubierto la intriga palatina y corre a comunicársela a su despechado señor, al que encuentra en la residencia oficial, instalada en un cuerpo de edificio anexo al palacio, y desde una de cuyas ventanas se domina su entrada.

—Dr. Shagoo, la discordia cunde en el palacio del sultán. ¡Carter ha sido encarcelado y el príncipe Nezim se encuentra arrestado por querer casarse con su esposa!

—Los sumos poderes nos asisten! ¡Eso se pone bien! ¡Trabaja el asunto! ¡Atráete la confianza de Abdul, que tiene muchas ambiciones, y procura que yo pueda hablar a solas con Nezim!

—Bien, señor.

El sagaz secretario es rápido en la consecución de los deseos del doctor Shagoo, y a poco nos trasladamos a la estancia en donde el alma del príncipe agoniza en el dolor de la afioranza por Margarita.

Abdul, su vigilante, entra silenciosamente.

—Alteza — dice confidencialmente. —El doctor Shagoo solicita vuestra audiencia. Está esperando ahí fuera. Por si su conversación puede interesaros os prevengo que estoy autorizado a permitiros recibir visitas.

—Que pase No sé qué querrá de mí el doctor Shagoo.

Instantáneamente vemos al diminuto diplomático trasponer el marco de la puerta y presentar sus respetos al príncipe cautivo.

—He sabido que estais preso y llevado de esa atracción irresistible que producen las personas nobles e ilustres, me he apresurado a venir a ofreceros mi simpatía.

—¡Gracias! — expresa Nezim, visiblemente halagado.

—¡Es caso insólito el vuestro, alteza! — prosigue, tortuoso, el doctor Shagoo. —Si el pueblo sabe que estais preso, se indignará.

—Pero mi padre aplacará sus iras ahorcando a Carter.

—Permitidme que disienta de vos, alteza. Vuestro augusto padre no ahorcará a Carter.

—Le ahorcará, así me lo prometió.

—Estad seguro que no; hay profundas razones políticas y de otra especie que lo impedirán. ¡No podréis casaros con Margarita, porque no quedará viuda! — afirma el doctor Shagoo, mirando escrutadoramente al príncipe.

—¡Esto no puede ser!

—Y no será, si seguis mi consejo. ¡Hay que excitar al pueblo, haciendo que exija la ejecución de Carter, y aprovechar su indignación para destronar a vuestro padre, apoderaros del trono y casaros con Margarita!

La mirada de Nezim relampaguea.

El plan es de un maquiavelismo seductor para el príncipe, que, como joven y enamorado, tiene viva y tensa la humana ambición.

Nezim tiende la mano al doctor Shagoo, y éste adivina en la fuerza con que se la estrecha, que está dispuesto a consumar el diabólico plan.

Trasladémonos a la residencia del embajador inglés.

Sentada y rodeada de sir Hanry, el gobernador y todo el personal de la embajada, vemos a Margarita. El sultán la ha puesto en libertad y ha corrido a comunicar cuanto ocurre a las autoridades inglesas.

—Carter está preso y si no se corre en su ayuda, será ahorcado! — explica Margarita, entre sollozos.

—Por la dignidad de Inglaterra hay que libertar a Carter! — exclama el gobernador.

—Los blancos sólo pueden ser castigados por blancos! — arguye el embajador. — Hoy mismo iré a ver al sultán!

Mientras tanto, en la plaza pública de la capital de Rungay se levanta el patíbulo destinado a Carter.

El pueblo bulle de entusiasmo por la próxima ejecución de un blanco que comerció con la felicidad de sus hogares.

Cuando esta actividad macabra toca a su fin, sir Henry Mallory llega al palacio del sultán con su séquito.

Apenas el anciano recibe la petición de audiencia, sonríe con satisfacción, y volviéndose hacia su consejero, pregunta:

—¿Cuánto dinero necesitamos?

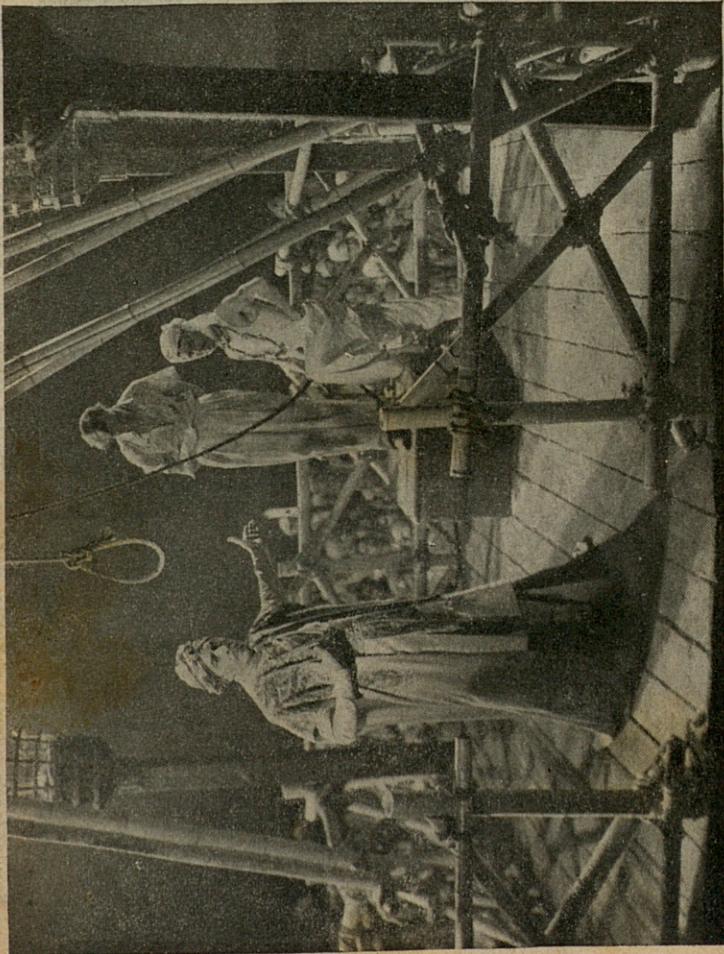
—Dos millones de libras, señor.

—Bien; ten el tratado a mano... El embajador puede pasar.

Sir Henry entra en la estancia.



—Servios leerlo— invita al Sultán, dando a su ilustre coloctor un rollo de papel amarillento.



—He ordenado que ese hombre no fuera ahorcado, y si mi hijo ha aconsejado lo contrario...

—¡Oh, mi querido embajador, me encanta veros tan pronto en mi casa! ¿Qué os parece el palacio?

—Alteza — replica sir Mallory, severo. — Hay una sola cosa que no me gusta de él.

—¿Cuál es, señor embajador?

Sir Mallory se acerca a la ventana y señalando el patíbulo confiesa secamente.

—Aquella.

—¡Ah! ¡Es verdad, no es precisamente una silueta agradable... sin embargo...!

—Sin preámbulos, alteza: he venido a buscar a Carter.

—¿A Carter? Siento no poder entregároslo como es vuestro deseo. Ha delinquido en mi país y...

—Alteza, entregadme a Carter y os garantizo que será castigado.

—¡Le ahorcaré y os habré ahorrado este trabajo! — opone, socarrón, el astuto anciano.

—¡Inglaterra no permitirá ese insulto a su dignidad!

—¿Es que la de mi país no merece la pena de ser tenida en cuenta?

—Mi gobierno sentiría tener que trataros en un plano de violencia.

El sultán se acerca al ancho ventanal y señalando el crucero del doctor Shaggo, todavía inmóvil en medio del estrecho, dice:

—Ved el crucero. Lamentaría que por medidas de varón prudente me viese obligado a firmar un tratado con ellos en el que les ofreciese mi puerto para base naval.

—Alteza, no creo que deseéis una guerra.

—No, de ninguna manera. Al contrario, estoy dispuesto a firmar un tratado con Inglaterra. ¿Rehusáis mi oferta?

—Expresadla con claridad.

—Consistiría en comprometerme a no realizar ningún tratado con Oriente.

—De acuerdo.

—Con una pequeña salvedad... y es que como ello me reportará cierto sacrificio, me vería obligado a poneros un precio.

—¿Un precio?

—Naturalmente!

—¿Cuáles son vuestras pretensiones?

—Un millón de libras — concreta el sultán, clavando sus ojillos en sir Henry Mallory.

—¿Y luego me entregaríais a Carter?

—En el acto.

—Es mucho precio. Yo no puedo decidir por mí mismo. Consultaré con mi Gobierno. Mañana tendréis la contestación.

—No os olvidéis que mañana es el día señalado para la ejecución de Carter! — remacha, cruel, el reyezuelo.

Sir Mallory abandona el palacio con la abrumadora sensación de que trata con un hombre temible, infinitamente superior a él.

—¡Hasta mañana! — se despide el sultán, con fruiciosa ironía.

Y seguidamente dice a su consejero:

—¡Pronto, pasa aviso al doctor Shagoo, que venga a verme!

Cuando el consejero entra en la estancia, el doctor Shagoo y su secretario se hallan pegados a la ventana contemplando la salida del embajador inglés.

—Doctor Shagoo, mi señor desea verle.

—Bien. Voy.

Apenas el consejero ha desaparecido, el doctor Shagoo sonríe satisfecho, exclamando:

—Los papeles han quedado trocados. Ya no le necesito, ya no tengo que esperar humildemente a su puerta. ¡Es el propio sultán quien me llama!

¡Pobre doctor Shagoo, poco puede suponer que en esta partida el sultán maneja un tablero formidable, en el que ronda un millón de libras que quiere hacer pagar a su Gobierno!

Cuando toma asiento al lado del sultán, lo hace más seguro de sí mismo y casi con soberbia, que no escapa a la sagacidad del anciano zorro de Rungay.

—He estado inquieto por vuestra suerte! — comienza el sultán.

—Gracias, señor — agradece el doctor Shagoo con una profunda inclinación de cabeza.

—Verdaderamente, saberos condenado a muerte por negarme a concertar un tratado con vuestro Gobierno, me tiene la conciencia intranquila y os he llamado para informaros que acabo de firmar un tratado con Inglaterra, y que simultáneamente estaría dispuesto a firmar otro con vuestro país.

—Escucho, alteza.

—Como la amistad con Inglaterra podría obligarme a condescendencias inexcusables que pusieran en peligro vuestra seguridad en Oriente, os sería conveniente un tratado

mediante el cual yo me comprometiese a no ceder a Inglaterra ninguna base naval.

—¡Sois precavido! — alaba el doctor Shagoo, sin entusiasmo.

—Servios leerlo — invita el sultán, dando a su ilustre colocutor un rollo de papel amarillento.

El diplomático desenrolla el tratado y apenas ha paseado su vista por él, lo devuelve al sultán con desenfado, al tiempo que se levanta:

—Tened, guardadlo para mejor ocasión.

El sultán, estupefacto, clava sus ojillos a su colocutor, sin atinar a pronunciar una sola palabra.

—¡No lo quiero firmar! — añade el doctor Shagoo en tono de suficiencia.

—¿No teméis a la muerte?

—¡Temo más al tormento, que es la pena que da mi país a los que se dejan cazar en el garlito!

Y esto diciendo, el doctor Shagoo se dirige a los anchos ventanales y parangonando sarcásticamente al sultán, recita su sempiterno estribillo:

—¡Qué bellas son las mariposas volando en el cielo azul!

Apenas ha salido de la estancia el sultán, que ha permanecido inmóvil en su sitio con el rollo en la mano, musita como interrogándose a sí mismo, con pasmo ladino e inteligente:

—¿Qué maquinará el doctor Shagoo?

Sigamos a éste.

Al llegar a sus compartimientos de palacio, encuentra a Abdul, al que ha mandado llamar.

—¡Abdul! — le dice. —Ha llegado el momento de que puedas colmar tus ambiciones. Si cumples todas mis instrucciones serás ministro. Manda tus agentes a mezclarse entre el pueblo para que le inciten a pedir la ejecución de Carter.

Mientras los diplomáticos están absorbidos por este complicado y venenoso juego de argucias, el bandadoso médico del sultán visita al desgraciado Carter en su prisión.

Este está descompuesto por la impresión que le ha producido la noticia de su condena.

—Si yo pudiese interceder, Carter, crea que lo haría con entusiasmo, mas, sería inútil, me consta.

—Gracias, doctor. ¡Estoy dispuesto a morir! ¡Sólo siento no haber sido más bueno con Margarita! ¡Cuando se está al borde de la tumba todo se ve diferente!

Los ojos de Carter reflejan la honda transfiguración de su alma. Se adivina que la luz del arrepentimiento ha iluminado su ser, disponiéndole a la regeneración.

Pero es ya demasiado tarde.

—Doctor, digale a mi esposa todo esto que pienso.

—Se lo diré, Carter.

—¡Digale que la he amado siempre, que la amo todavía mucho...!

—¡Sí, sí, Margarita sabrá esto! ¡Adiós, Carter! ¡Valor! Los dos hombres se estrechan la mano.

Por su parte, Margarita a la que el médico ha transmitido los sentimientos de Carter, no abandona un instante la residencia del embajador.

Este ha cableografiado al Gobierno inglés comunicándole las pretensiones del sultán, y espera instrucciones.

—¡Oh, señor embajador! — clama Margarita, desesperada. —¡La hora de la ejecución se acerca!

—¡Sí... sí... llega la hora, y Londres no contesta! — replica sir Mallory, paseándose nerviosamente por la estancia.

El patíbulo en que ha de ser ejecutado Carter ha quedado terminado, y el pueblo, apiñado a su alrededor, espera con salvaje grriterío la próxima hora del repulsivo espectáculo.

Los agentes de Abdul han cumplido su misión con creces y la multitud pide a gritos la cabeza del blanco traficante en alcohol. Ya nadie puede detener esta imponente riada desbordada.

El sultán la contempla, sereno.

—¿Volverá el embajador? — inquierte su consejero.

—Sí — contesta, seguro de sí mismo. —Sir Mallory vendrá.

Apenas acaba de pronunciar esta afirmación, cuando, frente a palacio se detiene un vehículo del que se apean el embajador, su secretario y Margarita.

—¡Ahí les tienes! — musita el anciano rey, sonriendo con orgullo.

Los tres emisarios entran en la sala de las audiencias.

—En nombre de mi Gobierno vengo a firmar el pacto — anuncia el embajador.

—¡Os felicito por el éxito! — expresa el sultán, teniendo el rollo a sir Mallory.

—Permitidme que aunque sea por pura fórmula, os ruego que antes de firmar pongáis en libertad a Carter — pide el embajador, desconfiado.

—¿Inglaterra pagará el millón de libras? — inquierte el ladino anciano con no menos desconfianza.

—Inglaterra pagará el millón.

El sultán llama a su consejero.

—Sube al patíbulo y di al pueblo que no habrá ejecución.

—¿Qué pretexto les daré, señor?

—Que soy compasivo.

El consejero sube al tinglado erigido para ahorcar a Carter. Se hace un silencio imponente en la multitud.

—¡Mi amo y señor me manda deciros que concede a Carter la gracia del perdón y de la libertad!

Un aullido salvaje de protesta estremece el aire de la plaza.

El doctor Shagoo y Nezim contemplan el espectáculo desde la ventana de la habitación del primero.

—Decidios, príncipe! Los minutos son contados! ¡El pueblo no necesita más que el botafuego de una cabeza que lo guíe en el motín! ¡Es el poder, Nezim! — incita, aviesamente, el doctor Shagoo.

Después de un instante de laboriosa duda y choque terrible de sentimientos en su corazón, el príncipe sale a la calle.

Por su parte, el embajador y Margarita, desde una de las ventanas del compartimiento de las audiencias del sultán, contemplan con inquietud creciente el imponente espectáculo de la multitud, que pide a gritos furiosos la ejecución de Carter.

En lo álgido de su inquietud ven aparecer en la plaza al príncipe, subir luego al patíbulo con aires rebeldes, desconocidos en él, y hablar así:

—Pueblo de Rungay: si mi padre es débil de voluntad, vosotros no tenéis el deber de seguirle en sus humillaciones! ¡Carter ha de morir, no sólo porque es un blanco que ha querido negociar con vuestra sangre, sino porque la sentencia ha sido pronunciada y retirarla equivale a un cobarde signo de impotencia! ¡Y si mi padre no quiere ahorcar al condenado, ahorcadle vosotros! ¡Seguidme!

Un bramido múltiple estremece el aire. Nezim salta del patíbulo, dirigiéndose hacia la gigantesca puerta que cierra la ergástula en que está encerrado Carter. La multitud, béticamente entusiasmada, sigue al príncipe entre gritos de rebeldía.

Margarita ha bajado a la plaza y acurrucada junto al

patíbulo contempla con horror este espectáculo impresionante.

Por su parte el doctor Shagoo contempla con orgullo la escena, detrás de su ventana.

De pronto llaman a la puerta.

El que llega es un servidor del sultán, quien entregándole el rollo del tratado que rechazara, dice:

—Mi señor le manda esto. ¡Se lo había olvidado usted!

—Ah, es el tratado que quiso hacerme firmar! — exclama el doctor Shagoo, tirándolo despectivamente al suelo en un gesto de triunfante desenfado. —Ya no lo necesito!

Mientras tanto, la multitud, provista de un ariete y capitaneada por el príncipe, echa abajo la puerta de la prisión y es inútil que el desgraciado Carter trate de defenderse a culatazos con un fusil descargado. La horda se le echa encima, llevándole a rastras al patíbulo.

Tiene ya la soga arrollada al cuello.

Margarita llora amargamente junto al patíbulo, sintiendo que nunca ha dejado de amar profundamente a su marido.

De pronto el sultán, que desde su palacio ha estado presenciando esta escena con silencio sombrío, aparece en medio de la multitud.

La horda aúlla: «¡Muera el blanco!»

El anciano, impasible, sereno, sube al patíbulo.

Su venerable presencia y el respeto a la milenaria autoridad que encarna, imponen un silencio casi místico a la multitud.

—¡He ordenado que este hombre no fuera ahorcado, y mi hijo os ha aconsejado lo contrario! — dice solemnemente. —El hecho de menospreciar mi autoridad en bien de la suya parece demostrar que le preferís. Si es así, y le amáis, será vuestro rey, y yo me retiraré. Pero es mi deber no bajar de este estrado de la muerte sin antes haberos explicado las causas que han inducido a mi hijo a amotinarse para matar a Carter y destronarme a mí: ¡Nezim quiere casarse con la mujer del reo y daros una reina blanca!

El príncipe tiembla en su lugar de observación.

El sagaz sultán prosigue:

—¿Es que queréis una reina de occidente?

—¡No! — ruge la multitud, unánime.

El anciano soberano hace un signo a Margarita y esta sube al estrado.

—¡He aquí la mujer! — presenta. —Si alguien quiere la muerte de este hombre, que suba.

Un silencio respetuoso sigue a esta valiente invitación.

—¿Se cumple la condena? — pregunta.

Un «¡No!» rotundo y clamoroso llena el aire de la plaza.

Carter es libertado, y tambaleándose, cobija felizmente su renaciente amor y su arrepentimiento en los brazos de Margarita, que le besa con el más grande y más puro amor de su alma.

Carter sonríe con una satisfacción que quiere decir: «Esposa mía, no pecaré más y viviré de rodillas ante el altar que acabo de edificarte en mi corazón».

El doctor Shagoo al ver esta escena, que ha contemplado desde la ventana de sus habituales observaciones, estalla en una maldición. Todo el aparato de intrigas se le ha venido por el suelo.

—¡Eh, pronto! — grita a su secretario. — ¿dónde está ese rollo?

Se refiere al tratado que hace un momento echara por el suelo despectivamente. Y vemos a los dos encopetados diplomáticos agachados, nerviosos, removiendo muebles y alfombras para dar con el papel.

Por su parte, el sultán remacha su prestigio de hábil político y patriarca desde el patíbulo, convertido en tribuna política.

—...así que Inglaterra paga sus vicios con un millón de libras, y Oriente, por nuestra amistad, que le es preciosa, pagará indudablemente otro millón. ¡Con este dinero tendremos prosperidad y muchas comodidades de que carecemos ahora!

Un grito entusiasta premia la gigantesca labor del sabio soberano.

El doctor Shagoo llega precipitadamente a palacio. Ha encontrado el rollo del tratado, que lleva apretado en su diminuta y amarilla mano de oriental.

En el instante en que entra en la sala de las audiencias, sir Henry se halla firmando el tratado con Rungay.

El doctor Shagoo corre presuroso a la mesa y desenrollando el suyo escribe la firma al pie, sin titubear, al tiempo que lanza una mirada furibunda y retadora al embajador inglés.

Al exterior, terminado el discurso del sultán, la multitud se disuelve.

El príncipe Nezim, avergonzado, baja la cabeza, está acurrucado al lado del patíbulo.

Su padre se le acerca, sonriente, y golpeándole paternalmente las espaldas, le dice:

—Nezim, hemos jugado y has perdido. No te olvides que en la vida, para lograr jugar con brio, se necesita tener algo importante que perder. Apacigua tus sentimientos. Sabe que además de perdonar la vida a Carter con fines políticos, he querido evitar que te casases con Margarita, porque pude observar, como la realidad me ha comprobado, que ella quería a su marido... ¡Con todo, hijo mío, estoy satisfecho de ti porque me has demostrado que sabes luchar! ¡Vamos!

Cuando padre e hijo llegan a la sala de las audiencias, sir Henry y el doctor Shagoo ya han firmado sus respectivos convenios y están frente a frente, mirándose con rencor.

El astuto anciano lanza una ojeada rápida a los dos documentos. Al ver los autógrafos, todavía frescos, de los dos diplomáticos, sonríe satisfecho.

—¡Muy bien, señores! ¡Inglaterra me debe un millón de libras; Oriente me pagará otro! Permitanme que les felicite, han logrado su objetivo: Rungay no dará refugio naval a Oriente, ni a Occidente. Rungay seguirá siendo una muralla aislante entre las dos razas. Es verdad que ello os ha costado un millón a cada uno, no obstante, decidme con sinceridad: si hubiésemos hecho una guerra, ¿no habrías gastado mucho más en pólvora?

Y enlazando a su amado hijo por la espalda, termina con una sonrisita astuta.

—¡Este triunfo hemos de celebrarlo! ¡Mi hijo y yo les citamos a ustedes aquí para dentro de dos semanas!

Sir Henry y el doctor Shagoo han comprendido el juego del sultán, pero lejos de mostrar indignación sonríen, admirados por la sabia lección que representa.

Jamás se arrepentirán de haber firmado, pues, hombres al fin, sienten la íntima felicidad de haber evitado, venciendo su orgullo, la ruina de miles de hogares y el dolor espantoso de la guerra.

F I N

— 32 —

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
* — 4. *La vida de la Boheme*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.
* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
— 8. *La tumba india* por La Jana.
* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
— 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.
* — 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.
— 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl.
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
— 17. *Baile en el Metropol*, por H. George, Viktoria Ballasko.
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
— 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
— 23. *Caballería Ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
— 24. *Impetus de Juventud*, por Sylvia Sidney.
— 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
— 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
— 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
— 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lilian Harvey, Willy Fritsch.
— 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis, George Brent.
— 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Anhs Holt.
— 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam.
— 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.

* Agotadas

En preparación

EL DOCTOR SOCRATES, interpretada por
PAUL MUNI y ANN DVORAK

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154

BARCELONA



Nº 33